

NOTAS

EL EXCMO. SR. D. DANIEL LLORENTE FEDERICO

Valladolid, 1883 - Segovia, 1971

H. GUILLERMO FELIX

«SINITE» y el Instituto Pontificio «San Pío X», tienen contraídas con D. Daniel Llorente deudas demasiado abultadas para que puedan saldarse con un mero artículo necrológico.

Por eso acaso dejó de aparecer esta *Nota* en el número anterior de la revista. Pensaron, tal vez, sus redactores que en el número siguiente pudiera ya adelantarse sobre D. Daniel un trabajo lo bastante documentado y maduro para no resultar del todo indigno de su propósito. Por desgracia, no ha sido así, ni parece que sea posible en varios años.

Tal empeño hubiera sido relativamente fácil de realizar, si la excesiva modestia de D. Daniel no lo hubiera impedido.

Años antes de que diera D. Daniel el adiós definitivo como pastor a su Diócesis segoviana, quien «improvisa» estos renglones se presentó ante él —fiado en la paternal benevolencia con que le venía honrando desde su juventud religiosa— y le dijo poco más o menos lo siguiente: «Quiéralo Vd. o no, D. Daniel, al historiarse el movimiento catequístico de España durante los años que van de siglo, con todas sus manifestaciones y peripecias, habrá que mentarle a Vd. Dadas las raíces de su vocación catequética en Roma, sería interesantísimo conocer con nombres propios el ambiente romano y el eco que en la Ciudad Eterna produjo la extraordinaria repercusión de la *Acerbo Nimis* en el mundo entero, etc., etc. Todo ello resulta de sumo interés para la historia de la catequesis, especialmente en España, que desde entonces tomó nuevos rumbos... Podrían venir aquí, a palacio, los días y horas que Vd. señale quienes vayan recogiendo datos, etc.».

D. Daniel se opuso en redondo. De nada valió invocar el ejemplo de otras personas dignísimas que se han prestado a cosa semejante; ya que no se trataba de componer ningún panegírico, sino de aclarar hechos, evitar errores y ahorrar tiempo.

«Cuando yo muera —terminó diciendo— haced lo que os parezca bien; pero yo juzgo que no hay motivo para hablar largamente de todo eso».

Era de temer esta actitud en D. Daniel, supuesta la excesiva humildad y el total desinterés con que en todo procedió durante su vida el señor Obispo de Segovia.

* * *

Con todo, aunque la tarea no sea fácil, «SINITE» y el «San Pío X» tienen que empeñarse, si no en saldar todas sus deudas con D. Daniel —ya que resultará imposible— sí en demostrarle su interés y gratitud en toda la medida que esté a su alcance. Las razones son obvias.

A) *Algunas, de carácter general.*

a) «SINITE» y el «San Pío X» se deben a la Catequesis. Por ella y para ella nacieron y viven. Nada, por tanto, que con la Catequesis se relacione ha de ser para ellos indiferente. Pues bien, con no ser tan escasos como a primera vista pudiera creerse —dada nuestra extraña facilidad para el olvido de lo valioso español— los nombres de quienes entre nosotros se han dedicado en los últimos tiempos a la labor catequística; supongo que nadie será capaz de negarle en justicia a D. Daniel el título de *Príncipe* de los catequistas españoles, sobre todo desaparecido de la escena el Padre Manjón, cuando apenas hacía acto de presencia en ella D. Daniel.

b) A la catequesis dedicó *exclusivamente* D. Daniel su larga vida de 70 años hábiles. Es verdad que ejerció diversas funciones, y desempeñó muchos cargos; pero D. Daniel procedió *en todo* como catequista. Fue catequista-estudiante en Roma; luego, profesor-catequista y, al mismo tiempo, ecónomo o párroco-catequista, durante 18 años, en la vallisoletana parroquia de San Miguel.

No que descuidara D. Daniel sus restantes obligaciones pastorales: puede verse en los cuatro artículos que hace unos años le dedicó en «Catequética» con singular cariño el P. Dionisio Domínguez, con qué escrúpulo cuidaba D. Daniel de sus feligreses, y yo sé de sus excesos de caridad —aun a juicio de su buena ma-

dre— con los enfermos y necesitados. Pero lo característico y ejemplar de la parroquia de San Miguel en esos años eran las catequesis de niños y adultos; y toda la labor pastoral de D. Daniel tenía allí sello netamente catequístico.

Al trocar D. Daniel en 1927, aconsejado por su Obispo, la parroquia por una canonjía, no sólo continuó sus clases de Catequesis —convertidas en *Cátedra* de Pedagogía Catequística desde 1925 en la Universidad Pontificia de Valladolid— sino que tomó a su cargo la capellanía del colegio Ntra. Sra. de Lourdes, donde ejerció de mil modos su vocación catequística, especialmente como profesor de Religión, y dándose de lleno a la composición de libros sobre la materia.

De Obispo, luego, durante 26 años, en Burgos y sobre todo en Segovia, parecía natural que la vocación catequística de D. Daniel se oscureciera ante la gravedad y multiplicidad de sus nuevas obligaciones. Mas no fue así. Los aludidos artículos del P. Domínguez llevan todos sencillamente como título *Obispo catequista*. Y ciertamente, al menos en sus visitas pastorales —pero también en sus conferencias y retiros de La Granja, etc.— lo que más directamente pretendía D. Daniel era catequizar a sus diocesanos: a los niños, a sus padres, a los demás adultos, a los maestros y maestras. Nada le complacía tanto, al comunicar a otros sus impresiones personales sobre las visitas por la Diócesis como el recordar el entusiasmo y devoción con que grupos de maestros, maestras y catequistas le seguían de unos pueblos a otros, ansiosos de aprender en los ejemplos de su Obispo el arte —¡mucho más que arte!— de explicar la Doctrina.

Puede tacharse de exageración, pero yo tengo para mí que en D. Daniel lo *sustantivo*, en cuanto a las funciones por lo menos, fue siempre la Catequesis, el Catequista. Más aún que párroco, canónigo, obispo catequista, ha de decirse de él que era Catequista párroco, catequista capellán y aun catequista Obispo. A extremar así las cosas parece que le invitaban ciertas expresiones en las enseñanzas de San Pío X sobre la enseñanza religiosa, y más en particular aquellas con que el Pontífice Santo bendijo la *Revista Catequística* y que figuraron en lo sucesivo como cabecera en cada número de ella, cual blasón de nobleza: «La obra del Catecismo es *la más excelente* a que podamos dedicarnos: mejor que predicar y confesar, y dar misiones y enseñar en el seminario y otros ministerios».

Anciano, casi ya ciego y sin fuerzas, ni sueña ni piensa en otra cosa que en seguir perfeccionando sus libros y aun en con-

tinuar ejerciendo de catequista con los adolescentes y jóvenes de Bujedo, todos ellos futuros catequistas. Difícilmente podrá presentarse ejemplar más luminoso y completo del perfecto catequista que D. Daniel.

c) Pero D. Daniel no fue sólo un *entusiasta* de la Catequesis, un catequista de *afición*, por apasionado que se le quiera suponer. D. Daniel aspiró siempre, a dominar la técnica y la ciencia catequísticas. Investigó en cuanto pudo, y sacó de sus lecturas, de sus contactos con los peritos en la materia y de sus experiencias personales, criterios propios que, en más de un punto, le apartaron del parecer de otros expertos. Desde el primer despertar de su vocación catequística, probablemente con ocasión de la encíclica *Acerbo Nimis* (1905) y al calor del ejemplo dado por San Pío X con sus concursos famosos de Catecismo, sus lecciones cada domingo en el Patio de San Dámaso, donde por espacio de una hora explicaba la Doctrina a los niños de Roma, que se iban sucediendo por parroquias, etc.; D. Daniel empezó a familiarizarse con las personas y las publicaciones catequísticas más famosas del mundo, pues, como se ha indicado, la encíclica sobre la enseñanza de la Religión tuvo enorme resonancia en todo el mundo, pero especialmente en Roma.

Tenemos un dato, al menos, que lo confirma. Antes de 1910, cuando empezaba a pensarse en la creación de la *Revista Catequística*, escribía el entonces Magistral de Valladolid, D. Domingo Rodríguez Muñoz, cual si pretendiera blandir el argumento más sólido en que fundamentar el éxito de la futura publicación, lo siguiente. «Es que cuento para fundar esta revista con un sacerdote joven *competentísimo*: sabe varias lenguas y tiene una biblioteca catequística *asombrosa*». Desde Roma, pues, había ido asimilando D. Daniel conocimientos, y almacenando libros y otras publicaciones en italiano, francés y alemán. Este último idioma lo estudió exclusivamente —según propia confesión— para aprovechar lo que entonces se escribía en Alemania y Austria sobre catequesis. Parece que más tarde se familiarizó también bastante con el inglés. Puede afirmarse sin exagerar que, desde aquellas remotas fechas todo lo valioso que iba apareciendo —al menos durante muchos años— sobre catequesis, en esos idiomas, lo fue adquiriendo D. Daniel. Al parecer, aun de estudiante dispuso de dinero sobrado, que él acrecentaba indirectamente con su parsimonia en otros gastos. En lo sucesivo, sus ahorros y el beneficio de sus publicaciones —salvo obligaciones imperiosas de caridad— fueron a parar a su biblioteca. ¡Yo sé

cómo se iluminaba la fisonomía de D. Daniel, siempre tan sereno y reservado, cuando allá por los años veinte tenía oportunidad de mostrar su biblioteca a algún conocido! Y no la tenía de adorno. Fue lector impenitente desde la infancia y lo siguió siendo hasta el fin; de tal modo que, al morir su santa hermana Carmen, compañera inseparable suya durante toda la vida, sintió escrúpulos y se dolía sincerísimamente de haberla negado ciertos ratos de compañía y conversación por el excesivo apego a la lectura y al trabajo que le ocasionaban sus libros.

d) Ni lo fió todo a la lectura y el trabajo: fue alma D. Daniel durante muchos años de los Congresos Catequísticos celebrados en España y asistió a muchos otros en el extranjero, donde trabó amistades profundas con catequistas de primera fila, de quienes conservó hasta el fin con cariño y veneración amplia correspondencia epistolar.

e) Podrá decirse que en los últimos lustros la catequesis ha dado giro tan violento que D. Daniel y su obra literaria quedan anticuados. Esto puede ser verdad en buena medida. Con todo, no se pretenda admitir en catequesis la generación espontánea que se niega para todo lo demás. La catequesis actual es hija de la que inmediatamente la precedió: lo nuevo tiende ahora a mostrarse chillón y poco agradecido. Esa actitud no es elegante ni realista ni, en muchos casos, sincera. Es verdad que son muchos los problemas nuevos al menos de terminología y con frecuencia de concepto, provocados o generalizados por el Concilio: ecumenismo, con la consiguiente mutua influencia, más clara ahora, entre la reflexión teológica católica y la de protestantes y ortodoxos; la libertad religiosa; el planteamiento nuevo de la enseñanza y escuela católicas; los medios de comunicación social; la generalización de la cultura; los progresos en las ciencias del hombre, etc., etc.

D. Daniel es o ha sido catequista de su tiempo y de su circunstancia: es acaso lo esencial y lo mejor. Mas tampoco le faltó visión de futuro: a muchos de los temas candentes hoy en catequesis, corresponden —no decimos que respondan, ni nadie pretenderá exigirlo— ciertos títulos de las obras de D. Daniel: *Catequesis Bíblica*, *Catequesis Litúrgica*. *Lecciones de Historia Eclesiástica*, *Formación Moral del catequista*, *Hogar*, *Escuela y Catecismo*, *Catequesis y Misiones*; hasta mostró interés por documentos antiguos que vulgarizó y comentó, como los del P. Possevino, a quien estimaba mucho.

Es fácil que aún se dé en D. Daniel excesiva importancia al método y a los procedimientos en la Catequesis; que se pare con exceso la atención en el depósito de la fe que ha de transmitirse, con algún olvido de la vivencia religiosa —aunque en esto cabrían discusión y distingos—. El primero en alegrarse del prestigio que en la Iglesia ha ido ganando la Catequesis fue el propio D. Daniel: «Ya ve, nuestra humilde catequesis, viene ahora a ocupar los primeros puestos en la preocupación de los sabios católicos», decía en uno de sus últimos viajes a Roma. Los desajustes que puedan darse en el magisterio catequístico de D. Daniel son inevitables; mas para nada amengua el valor de su verdadero magisterio.

f) Lo más importante, a mi ver, y lo que «SINITE» debe patentizar como más valioso en D. Daniel es su fidelidad, su correspondencia total a la *vocación catequística*. La Catequesis hasta tiempos muy recientes no ha gozado de buena prensa ni entre el vulgo de los católicos ni entre la mayoría de los teólogos de profesión. Ha parecido generalmente cosa de niños y, no obstante las enseñanzas de San Pío X, se ha considerado como profesión o apostolado que podía encomendarse a cualquier cristiano piadoso que demostrara un mínimo de buena voluntad. No parecía, pues, la catequesis el señuelo brillante que pudiera atraer con su espejismo humano al joven doctor en teología que completaba en Roma sus estudios asistiendo a la vez a la Gregoriana y al Angélico. Si D. Daniel se dejó alucinar por la Catequesis, el imán, la atracción, la llamada le vino de lo Alto, le vino de Dios. Fue aquella vocación divina a la que D. Daniel respondió generosamente, sin reticencia alguna. Esto es lo verdaderamente ejemplar en él.

g) Para terminar esta primera parte, recojamos aquí algún que otro cabo suelto de cierto interés. La *Revista Catequística* (1910-1926), publicación mensual, creada a los cuatro años de la vuelta a España por D. Daniel tuvo como fundador oficial a D. Domingo R. Muñoz; pero cargó casi exclusivamente sobre los hombros de D. Daniel que aparecía como redactor jefe. D. Domingo andaba ya aquejado de la enfermedad que le llevaría al sepulcro cuatro años después.

La *Revista Catequística* fue ganando prestigio con los años; se la declaró órgano oficial de los Catecismos en España, y vino a ser como el animador de todo el movimiento catequístico nacional y aun de Hispanoamérica. Ella incubó nuestros *Congresos Catequísticos*: el primero, en el mismo Valladolid (1913). A él

acudió como figura relevante, ya anciano y aureolado de santidad, D. Andrés Manjón, que moriría diez años después. Siempre hubo que lamentar escasa colaboración para la revista; achaque frecuente y aquí previsto por el entonces Cardenal Cos, de Valladolid, el cual exigió a D. Daniel que antes de ver la luz pública el número primero, le presentara material suficiente para los cinco que habían de seguir.

Las publicaciones catequísticas de D. Daniel, entre *libros y folletos* no bajan, seguramente del medio centenar. Algunos de estos últimos en sus distintas ediciones, llegó a superar el millón de ejemplares; otros se acercaron bastante a los cien mil, y aun las obras mayores, *Tratado de Pedagogía Catequística* y *Curso Teórico-práctico de Pedagogía*, han sumado cada una un número de ejemplares que no baja mucho de los 50.000 y 20.000 respectivamente. ¿Puede silenciarse lo que todo ello supone como influencia y apostolado catequístico de D. Daniel en España y en la América española?

* * *

B) *A esos y otros méritos de D. Daniel que, de ningún modo pueden dejar indiferentes ni a «SINITE» ni al «San Pío X», han de agregarse otros de índole más íntima.*

a) Los lectores de «SINITE» no desconocen, probablemente, las estrechas relaciones que se han dado entre el «San Pío X» y los Hermanos de las Escuelas Cristianas, desde que se iniciaron las gestiones para la creación de este Centro especializado en Catequesis. Pues bien, D. Daniel vivió también muy vinculado siempre a los Hermanos. Junto a ellos empezó en Roma su apostolado catequístico; allí fue testigo presencial del importante papel que desempeñaban los alumnos de los Hermanos en los Concursos de Catecismo organizados por el Pontífice, y de la distinción con que por entonces le hizo objeto, otorgándoles verbalmente el título de *Apóstoles del Catecismo*. Luego lo reiteraría de modo oficial en un Breve apostólico. Allí le nació a D. Daniel la amistad, que ya nunca rompería, con algunos Hermanos de Italia: los que empezaban a publicar revistas u opúsculos sobre Catequesis o regentaban la clase sobre esa disciplina en algunos seminarios de Italia. Esta amistad fue acrecentándose con el tiempo, a medida que las relaciones epistolares y los intercambios de publicaciones se multiplicaron. Fácil sería aducir nom-

bres, pero los omitimos expresos aquí como en otros apartados de esta nota.

b) Algunos años más tarde, en 1915, salió a la luz pública en francés el *Manual del Catequista*, compuesto por los Hermanos; D. Daniel consideró este libro como el mejor en su género, no sólo al aparecer sino durante los diez o quince años que siguieron. Y D. Daniel fue precisamente, quien tradujo al español la edición abreviada, muy a propósito para servir de texto en seminarios y casas de estudios religiosos. Tuvo también en mucha estima los cinco gruesos volúmenes de Religión, y los tres de Apologética que estudiaban entonces los Hermanos para aspirar al título de Catequistas dentro de la Congregación. Confesaba que a ellos acudía él cuando se veía en la precisión de improvisar alguna sesión de Catecismo.

c) Al cesar como párroco de San Miguel, ya sabemos que tomó a su cargo la capellanía del Colegio Ntra. Sra. de Lourdes, regentado por los Hermanos, en sustitución de D. José María Llorente, hermano menor de D. Daniel, santamente fallecido en plena juventud. No desdeñó allí D. Daniel la colaboración de algunos profesores del centro para la composición de sus libros, en especial por lo relativo a la Didáctica y metodología. Sabemos también que, al serle aceptada la renuncia de su Obispado por el Papa, eligió como lugar de retiro, oración y trabajo el viejo monasterio de Bujedo, donde ya tantas veces le habían acogido los Hermanos durante sus visitas pastorales por la difícil geografía burgalesa, siendo Obispo auxiliar.

d) Mas el sello inequívoco de su especial afecto y de su vinculación particularísima al Instituto lasaliano lo grabó como a fuego D. Daniel dejando a éste lo que más había amado en el mundo, porque lo consideró como el mejor instrumento de cuanto de bueno pudiera realizar: su biblioteca.

Yo creo que el «San Pío X» debe imponerse a sí mismo la obligación de convertir la estancia en que esa biblioteca radique en el rincón más recoleto y el santuario más íntimo, donde, del modo más espontáneo y fácil, sea posible a los futuros catequistas entablar diálogo con D. Daniel. Diálogo, intercambio de ideas; pero especialmente diálogo de amor, diálogo entre corazones. Pudiera ser que las enseñanzas de D. Daniel y de sus autores favoritos no sean hoy tan útiles como lo fueron antaño; mas lo que no puede envejecer es el ejemplo de un amor exaltado a la catequesis: a la catequesis sabia y técnica; pero mucho más

sin comparación a la catequesis hecha vida, y sustancia de toda una vida.

Lo que falte de actualidad a los libros legados por D. Daniel complétese con obras recientes: él tampoco se paró nunca... Conviértase esa estancia, repito, en santuario, como ha de convertirse sin género de dudas, en lugar de cita obligado para quien pretenda conocer a fondo la catequesis española, sobre todo en lo que va de siglo, y la catequesis universal enfocada desde España.

* * *

No se han tocado aquí otros aspectos interesantísimos de la vida de D. Daniel. Es imposible. El primero hubiera debido ser el de su santidad: o sea, su espíritu de oración; su humildad y sencillez cuasi infantiles —la niñez perpetua del Evangelio, que le facilitaba esa sintonía con todo lo pequeño e inocente—; su paciencia increíble que le llevó alguna vez revestido de misa desde el altar al quirófano, casi desmayado, con varias costillas rotas; su austeridad en comer, en vestir y en su ajuar, de modo que su vivir parecía milagro; su caridad cuando párroco, que le hacía gritar a su madre. «¡Hijo!, que nos dejas en la calle»; luego vendió el automóvil para retejar el seminario, de modo que se quedó ya para siempre sin él: bien merecida tuvo la apreciación común que repitieron los diarios a su muerte: «D. Daniel era el Obispo más pobre de España».

De seguro será poco conocido lo siguiente: su hermano D. José María acarició la idea algún tiempo de ingresar en una orden religiosa sacerdotal. A D. Daniel no le parecía inequívocamente de Dios aquella idea; más bien se inclinaba a creerla inoportuna. Por fin le dijo: «Bueno José María, ¿qué te parece que podíamos añadir o quitar a nuestro modo de vivir para poder asemejarnos lo más posible a los religiosos más observantes en sus conventos? Si se te ocurre algo, lo haremos». No creo que fuera necesario cambiar mucho.